

Algunas consideraciones de Ruggiero Romano sobre la historiografía francesa*

Hilda Iparraguirre**

Resumen: En una serie de entrevistas realizadas en la ciudad de México en 1992, Ruggiero Romano habla de su experiencia como historiador, maestro y editor, de su formación, su llegada a París y sus encuentros con Febvre y Braudel. *L'École* y los *Annales* son analizados en el momento de su creación y expansión con Fernand Braudel a la cabeza de ambos; después habla de su caída en los 70's.

Abstract: In a series of interviews recorded in Mexico City in 1992, Ruggiero Romano speaks about his experience as historian, professor and publisher, his training, his arrival to Paris and his encounters with Febvre and Braudel. *L'École* and *Annales* are analyzed in the moment of their creation and expansion with Fernand Braudel at the head of both; then he speaks of its fall in the 70's.

Fueron varios los problemas con los que me enfrenté en el momento de redactar estas páginas. No fue suficiente entresacar algún tema, algunas opiniones...no eran reveladores del material que tengo entre las manos. ¿Cuál es entonces la riqueza de este material?

El entrevistado

Ruggiero Romano, un historiador, un gran maestro, un americanista y un gran conocedor de la historia hispanoamericana, un luchador que puede llegar a demostrar muy mal carácter ante ciertas situaciones, que se indigna y grita cuando se le preguntan ciertas cosas, que reacciona ante otros temas con erudición y

* Ponencia presentada en la X Conferencia Internacional de Historia Oral: Retos para el siglo XXI, organizada por la Asociación Internacional de Historia Oral, que tuvo lugar en Río de Janeiro del 14 al 18 de junio de 1998.

**ENAH

particular vehemencia, a veces con ira y enojo, con condescendencia en otras oportunidades, pero siempre con un agudo sentido del humor. Sobre todo, alguien que sabe ser un gran amigo:

Cuando en 1967 entendí que la situación en Argentina estaba podrida, y en Uruguay también, no quise ir más a esos países porque (creo que fue Tulio el que se fue en 1967) donde uno solo de mis amigos —no me importa si de izquierda, de derecha, de arriba o de abajo— no puede enseñar en la Universidad, yo no voy. De la misma manera que después del '67 no fui más a Polonia, por razones distintas, pero en 1967 Geremek fue echado de la Universidad. Considero indecente hablar donde uno de mis amigos no puede hablar.

Reconocer la importancia del lenguaje para la comprensión de las fuentes orales y escritas representó una dificultad adicional porque se trataba de una persona que estaba hablando en un idioma estudiado y aprendido de adulto y no en la lengua materna ni en la del quehacer cotidiano, entonces el lenguaje no siempre expresaba lo que quería decir; también los silencios, a veces más significativos, podían deberse simplemente a la búsqueda de las palabras que expresaran lo pensado en italiano o en francés.

La entrevistadora

Durante la entrevista o conversación no logré dejar de lado la admiración y el respeto que siento por el entrevistado...estaba presente todavía, a pesar de los años transcurridos, el temor de la alumna hacia el maestro, un maestro exigente e inquisitivo al que resultaba difícil satisfacer. En mi caso se trataba no sólo de consignar las ideas del maestro —que se presentaba como un tremendo conversador—, era necesario registrar su hablar y su silencio, ir más allá de lo dicho, sin tergiversarlo.

Las formas

¿Cómo transmitir lo que nuestro entrevistado quiso decir? ¿Cómo saber, más allá de lo que dijo, por qué lo dijo, qué circunstancias presentes o pasadas lo llevaron a afirmar algunas cosas, a callar otras? Porque sabemos que nada de lo dicho es casual, que responde a un origen, a una formación, a una cultura, a una lucha, a un trabajo intenso, honesto, a lo largo del cual se hizo y se escribió historia, se enseñó a investigar, se crearon amistades y enemistades, simpatías, seguidores, detractores, discípulos.

No se trataba de hacer una biografía, no era ésa la intención. Se trataba, entonces, de historiar, es decir, de contextualizar al personaje en el momento y en el espacio en los que tuvieron lugar los hechos que narra. Quién era él en ese momento, su edad, su formación, sus expectativas. Pero fundamentalmente se trataba de ubicarlo en el contexto temporal y espacial de la entrevista. Después de un largo recorrido, 45 años exactamente, qué recuerda y por qué lo recuerda, qué experiencias ha recabado, qué logros, qué frustraciones, qué cosas y qué periodos prefiere callar. Consideré importante que fuera él mismo, a medida que hablaba, quien nos proporcionara ese contexto. Además de una estructura temática a la que me tuve que ajustar, seleccioné pasajes reveladores de esa trayectoria que lo ha llevado a sentir y a expresarse como lo hace. Mucho de lo dicho en estas entrevistas ya está escrito, hube de vencer la tentación de reconstruir el lenguaje oral partiendo del lenguaje escrito. Es importante la espontaneidad en el habla, la actuación en la conversación, el control de la tensión y el equilibrio entre lo competitivo y lo cooperativo, estar consciente de la relación de igualdad y de jerarquía, de lo que se incluye y se excluye del diálogo. En muchas oportunidades resultaban más importantes los cambios en el énfasis o en las inflexiones que lo que decía. Sus expresiones de enojo, exasperación, sentido del humor agudo o áspero comenzaron a merecer más mi atención que lo que las palabras expresaban. Es evidente que en un breve análisis como éste no es posible resumir el contenido de cada una de las entrevistas, de nuestras conversaciones, y mucho menos intentar estimar el gran aporte historiográfico que significaron. Posiblemente se trata, entonces, de plantear aquí una forma más de hacer historiografía, a partir de la historia oral.

El momento de la entrevista

En la primavera de 1992 Ruggiero Romano, ya jubilado en Francia, se encontraba en la ciudad de México dictando un seminario al que había sido invitado por el Colegio de México. Se alojaba en la casa que el Colegio tiene destinada para ese efecto en la colonia del Valle, colonia "que no me gusta, no tiene personalidad, no hay cerca ni cafés ni restaurants adonde se pueda salir de noche, llegar caminando..." Durante la semana se la pasaba en el archivo, dando clases, conferencias, comía con los amigos, pero los fines de semana... "Mejor nos vemos en tu casa el domingo a la tarde y me tomo tu whisky", fue la respuesta que me dio cuando le sugerí entrevistarlo. Éste fue el origen de una serie de encuentros en los que cada domingo se grabaron varios casetes.

La entrevista

No sé si la palabra entrevista sea la adecuada. La metodología recomendada por la historia oral para hacer una entrevista me sirvió de poco. Conocía al personaje, por supuesto, existía el temario y el guión de la entrevista, que la mayoría de las veces me fue imposible seguir porque Ruggiero, conocedor de las mismas técnicas, aunque lo niega cuando afirma que él no está muy convencido de la historia oral, se imponía como maestro —al igual que cuando dirigía mi tesis— y me increpaba: “Tú, Hilda, no preparaste la entrevista, no sabes lo que quieres preguntar”; y porque estaba cansado, hartado del tema, de mí y de mis preguntas o porque no quería seguir hablando de eso, me decía: “Bueno, lo dejamos para otra vez, vengo de nuevo el próximo domingo si quieres”, y se iba o se ponía a conversar, mucho más divertido, con mis hijas.

La época

Los años 80's y comienzos del '90 fueron años de desacuerdo y malestar en la historiografía francesa, o por lo menos entró en crisis el quehacer de la “nueva historia”, crisis que Romano ubica un poco antes:

Es un problema de hace 22 años exactamente. Empieza en 1970 porque había gente a la que no le interesaban demasiado los problemas conceptuales, globales, de la historia, ni el marxismo ni el tomismo, sólo le importaba estar en la cresta de la ola. Entonces, aunque tenían interés en ser herederos directos de Braudel, no lo quisieron. Prefirieron transformar las cosas de manera totalmente nueva, aparecer como los fundadores y no los herederos; sólo que no tenían ideas, querían hacer una prueba para la que no tenían las espaldas. Cuando se jubila Lucien Febvre y después muere, ¿quién era el heredero?: Braudel. ¿Hay alguien que diga no, un momentito...yo tengo...más derecho, cosas nuevas que decir? Entre la gente de los 70's, por el contrario, no había nadie que tuviera las espaldas para decir 'yo tomo la herencia de Braudel'. Uno toma el Collège de France, el otro la presidencia de l'École y...los otros...en los mismos Annales hay una cosa compartida, no hay un tipo con coraje y capacidad suficientes para decir, bueno, soy yo. De hecho no tenían una verdadera alternativa. Los Annales de Braudel no son la misma cosa que los Annales de Lucien Febvre, como los Annales de Braudel y Lucien Febvre no son la misma cosa que los de Marc Bloch y Lucien Febvre. Pero hay siempre un hilo de continuidad, es decir, Braudel es un tipo que tiene la capacidad para hacer lo mejor. El recambio no tenía ninguna capacidad de ser novedoso porque a la novedad la hacían simplemente diciendo "vamos a hacer la nueva historia".

Por supuesto, de esta “historia novedosa” él tenía mucho que decir:

Había entonces que inventar la manera de ser novedoso. Pero ser realmente novedoso pasa por la tarea de construir problemas nuevos, quiero decir, un historiador tiene tres posibilidades: una es construir su objeto de investigación, un gran ejemplo es Braudel, que construye La Méditerranée, inventa otro Mediterráneo y alrededor de este Mediterráneo construye la teoría del tiempo, etc. Ahora bien, por suerte no es obligatorio que todos seamos como Braudel. Otra posibilidad es hacer de manera simple, honesta, un cierto trabajo que vaya por caminos paralelos a los de los grandes maestros. La tercera posibilidad, que es la posibilidad de los mediocres, es simplemente contradecir, decir lo contrario. Tú dices gauchos, yo digo no, pequeños propietarios; tú dices gauderíos, yo digo no, trabajadores agrícolas; tú dices crisis, yo digo no crisis. Siempre lo contrario, claro, encontrando algunos documentos, pero olvidando lo que es una estructura general, lo que es la economía general de un espacio. Lo otro, todavía peor, es seguir las modas. En Francia se están estudiando las monjas lesbianas, yo voy a estudiar las monjas lesbianas en América. Éstas son las tres alternativas, pero no sólo para América, es igual para Francia, Italia, cualquier país. Hoy en día hay más tendencia que antes a seguir las modas o a decir simplemente lo contrario, en lugar de aceptar tareas simples. Existe un problema más que es muy grave. La gente que acepta tareas simples no son grandes historiadores —¡los otros tampoco, eh!...que quede claro—, grandes hay pocos en cada siglo, muy pocos; hay algunos pretendidos grandes, pero eso es otro discurso. La gente que acepta no ser tan grande y hacer una tarea simple, por lo general son buenos profesores, en la medida de lo cual los historiadores de profesión son profesores e historiadores, ganándose la vida como profesores, que es una cosa que no hay que olvidar, es un deber ser buen profesor, pero si comienzas a ser simplemente el tipo que dice lo contrario o sigues modas, eres mal profesor, eso es inevitable.

Lo narrado y la época de lo narrado

Es entonces, al calor de lo que considera una gran falta de respeto, de capacidad y de honestidad intelectual, cuando recuerda su llegada a Francia a la par que nos brinda una cálida imagen de lo que eran *l'École* y los *Annales* en aquella época.

Estudió el liceo en Nápoles, en donde “tuve muy buenos profesores en general, en particular de historia y filosofía”. Después de un intento en la medicina y de realizar el doctorado en filosofía e historia en la Facultad de Filosofía, en donde experimentó una gran influencia del historicismo alemán y sobre todo de Benedetto Croce, “el gran patriarca de la ciudad”. Trabajó con Frédéric Chabaud, a quien recuerda con cariño y respeto:

Con un segundo trabajo sobre el comercio entre Nápoles y Venecia en el siglo XVIII me dirigí hacia otras cosas, cosas de historia económica, abandonando la historia de las ideas... Llegué a París el 12 de diciembre de 1947, tenía 24 años y bastante experiencia (después voy a decir en qué consistía esta experiencia). Los primeros meses fueron trágicos. Encontré un montón de profesores universitarios de la Sorbonne que eran todos bastante malos, muy orgullosos, muy repletos de... muy convencidos de que ellos sabían todo, conocían todo, consideraban que yo era un pobre tipo que estaba en plumas... Estaba en París con una beca del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, tenía que presentarme antes del mes de junio del '48 y en el mes de febrero estuve a punto de irme. Sin embargo en marzo encontré a Braudel, casualmente, porque Chabaud, que había conocido a Braudel antes de la guerra y que ya no tenía su dirección —no sabía qué había pasado con este historiador francés que había conocido en el '36 en España, en Simancas— me mandó con él. Cuando salí de Nápoles —hay que pensar que en esos años el correo no funcionaba, nada funcionaba— me dio un sobre con tres o cuatro separatas, una cartita y me dijo que buscara a este señor Braudel. Cuando llegué en el '47 Braudel estaba en Brasil, regresó en febrero del '48, en marzo le entregué estos papeles y bueno... ahí me quedé, pensé que valía la pena quedarse. Por intermedio de Braudel conocí a Labrousse, a Lucien Febvre, a Friedmann, a toda la gente de Annales. Me convertí en especialista en historia económica y muy rápidamente, el 12 de diciembre de 1950, fui elegido en l'École. Pero no fue sólo el trabajo de marzo del '48 a diciembre del '50 el que me valió la cátedra en l'École, sino también la parte anterior. Sí, hubo rechazo de algunas cosas del periodo anterior, pero tenía una cierta experiencia en los archivos, una cierta capacidad de crítica de las fuentes que me habían enseñado mis maestros de la Universidad de Nápoles, Croce, Chabaud; Luzzato en Venecia, la gente que había encontrado antes. Esto es algo general, la formación es algo muy... es un proceso muy particular, los distintos niveles se agregan, no desde el jardín de niños, pero sí desde un cierto momento... yo pienso que el liceo es más formativo que la Universidad, que hay toda una serie de problemas de las universidades de hoy que son de hecho problemas del liceo. Es una catástrofe espantosa, como profesores, como alumnos, todo. La verdadera reforma universitaria hoy en día habría que empezarla en los liceos, es inútil reformar la universidad si el producto que llega del liceo sigue siendo lo mediocre y bastardo que es. Es espantoso. Ahora ya estamos produciendo malos profesores que van a producir todavía peores alumnos que llegarán a la Universidad y con los cuales haremos todavía peores profesores.

Entonces el Presidente de l'École era Febvre; además existía un cargo que hoy ya desapareció, el de secretario general, que era Braudel. Cuando entré a l'École era muy chica, tenía 13 directores de estudio y yo fui el catorceavo. Pienso que por lo menos hasta mi llegada todo era mejor que después... porque había tipos que se llamaban Lucien Febvre, Braudel, Lévi-Strauss, Labrousse, Lévy-Bruhl, Friedmann; una concentración

increíble de tipos extraordinarios... Lo cierto es que en l'École de hoy, que tiene como 130 personas, 130 profesores directores de estudio, no hay 13 como los que había concentrados en esos años.

En esos años participaban en l'École muy pocos franceses; en primer lugar no otorgaba doctorados, daba sólo un memoire, sólo el título de élève diplômé, que era un título que no servía para nada; dicho entre nosotros, y también dicho públicamente, no tenía ninguna función práctica. Además los destinos de l'École eran los mismos que los destinos de los Annales porque —éstas son cosas que nadie dice, pero que son la pura verdad y que se pueden demostrar— l'École no tenía ninguna gracia entre los medios académicos franceses. Estar en l'École significaba estar en contra de la Sorbonne, estar en l'École significaba estar en línea de ruptura con la Sorbonne. Y colaborar en los Annales significaba estar en contra de la Sorbonne. Ésta es la razón por la cual cuando Braudel funda, en 1949, el Centro de Investigaciones Históricas, los colaboradores del Centro son todos extranjeros, porque había que tener un coraje de león para ir a trabajar con Braudel o con Lucien Febvre... porque colaborar con ellos significaba crearse enemigos en la Sorbonne. Los únicos franceses que tuvieron el coraje de trabajar con Braudel antes de 1956 fueron Frédéric Mauro y Chaunu... los otros no. Ahora todos se proclaman alumnos de Braudel... ¡Por el amor de Dios! Nunca fueron vistos, nunca existieron en los cursos de Braudel. Muy simple, no estoy diciendo cosas en el aire, si tú tomas el índice de la revista Annales, miras los escritos de Marc Ferro, Le Roy Ladurie, todos los que tú quieras, no aparecen antes del año '60 como colaboradores. Después me dicen que ellos fueron alumnos de Braudel desde los años 40's y a estas alturas yo les digo que o no es verdad o peor, si es verdad significa que en estos 10, 12, 15 años Braudel los consideró perfectos imbéciles, hasta el punto en que no les publicó un artículo hasta 1961, '62, '63, '64, '65. El asunto pasó de la siguiente manera, en 1956 por primera vez Braudel consigue del Ministerio de Educación Nacional seis nuevas plazas de director de estudio. Así empezó a crearse un interés: Bueno, si es verdad que l'École está en línea de enfrentamiento con la Sorbonne, pero tiene sus plazas. En el '56 se produce el acercamiento de una serie de personas que dicen: A pesar de todo, esta institución puede ser interesante, no es un lugar cerrado, es un lugar que empieza a tener una vida autónoma; y así aparece un montón de gente que antes no aparecía, antes eran los extranjeros, porque los extranjeros no teníamos nada que perder, teníamos sólo que ganar. No estoy dando un curso, diciendo: ¡Ah, eran cobardes intelectualmente, yo sí tuve coraje! No, nada de esto, estoy diciendo simplemente que para los franceses era un riesgo, y de todas maneras no estoy inventando cosas, si tú tomas la lista de las publicaciones del Centre de Recherche Historique entre 19... creo que el primer volumen, en 1951, fue el de Braudel y el mío sobre Liborno. En los primeros años, hasta 1960, encuentras sólo extranjeros o... un momento, había también una minoría de franceses que eran profesores... ya eran profesores en

provincia, ya estaban asegurados en su carrera pero tenían problemas para publicar, entonces se dirigen a Braudel. Había otros... que estaban un poco marginados de la vida académica francesa como Poliakov, no eran parte del establishment académico francés. Hoy en día puede parecer evidente que Roland Barthes entró a l'École... pero no era evidente en absoluto, hoy sí lo es, pero cuando Roland Barthes vino por primera vez a los seminarios de Braudel y se presentó como alguien que estudiaba la historia de la moda, etc... historia, no sociología de la moda... ¿Quién conocía a Roland Barthes? Nadie. Esto es un ejemplo y hay docenas... pero estas son comadrerías, ¿no?

Esas relaciones distantes de Braudel con la Sorbonne, ¿eran las mismas para Febvre o él tenía otro tipo de vinculación?

No, no, los dos. Era l'École la que no gustaba a la Sorbonne, porque además no era un misterio para nadie que Braudel y Lucien Febvre tenían un proyecto, que era el de llegar a transformar l'École en Facultad de Ciencias Sociales, de Ciencias Humanas se decía entonces, y la Sorbonne veía con preocupación el eventual surgimiento de esa Facultad de Ciencias Humanas; entonces adoptaron una primera medida, es decir que la Facultad de Letras cambió su apellido por el de Facultad de Letras y Ciencias Humanas y la Facultad de Derecho, que se llamaba Facultad de Derecho y Economía, se llamó Facultad de Derecho, Economía y Ciencias Sociales. El proyecto de Braudel fracasó, fracasó por la hostilidad de la Sorbonne. Después Braudel intentó recuperar un mínimo de esto —pero en mi opinión no recuperó nada— bajo la forma de la Maison des Sciences de l'Homme, pero el proyecto era aquél, el de una verdadera Facultad.

El reconocimiento público que comienzan a tener Braudel y l'École en el '56, ¿ya está consolidado en el '60, al punto de que la gente se acerque a ella y publique en los *Annales*?

Vamos a proceder por orden. Tú introdujiste una frase muy... que se presta a muchas equívocas. Braudel personalmente recibe su reconocimiento en 1949, cuando publica *La Méditerranée* inmediatamente es reconocido —nadie lo niega, contentos o no contentos— como un gran historiador y todos tienen que callarse. La prueba es que el libro sale en mayo del '49 y en el mes de diciembre Braudel entra al Collège de France. Entonces... hoy en día se dice: ¡Ah!, Braudel fue reconocido recién en 1980; esos son infundios de los miserables que juzgan el suceso de un historiador porque ven la televisión o porque los periódicos pornográficos hablan de él. Ésto revela la mentalidad de los que hablan de esta manera, no les interesa el Braudel historiador, ésto es un asunto. Después está el hecho práctico, concreto, material, que l'École es una institución que

quiere espacios...en el '56 se manifiesta el fenómeno, pero en 1956 las seis plazas están ocupadas por...no vaya a equivocarme sobre los nombres, puede ser que no me acuerde de los seis: *Danius Thormer*, un norteamericano que fue echado de la *Columbian University* por comunista; *Balázs*, un húngaro que se había escapado de Hungría después del placer de la llegada de los hermanos rusos que venían a liberarlos del fascismo; *Berque*, el arabista, que no venía de una carrera universitaria, *Berque* era simplemente un...funcionario de la colonia, era inspector de colonias en Marruecos; *Rigalof* hijo venía de la carrera diplomática...y creo que llegaron *Gernay*, sinólogo, y *Rigalof* padre —pero no estoy seguro— que era otro especialista en el extremo oriente. Pero como ves, tres extranjeros y un...sí, un heterodoxo, porque ese tipo que llega del Ministerio de las Colonias... Después de 1956 empieza a crearse la reputación de l'École como un espacio que tiene, es cierto, menos plazas que la Sorbonne, pero...tiene plazas. Es un espacio por lo menos equivalente al del *Centre National de la Recherche Scientifique*.

¿Corre paralela la presencia de l'École y la de los *Annales*? Generalmente se asocian *Braudel*, l'École y los *Annales*.

Bueno, esto es cierto pero porque a partir de 1956 *Braudel* es el dueño de las dos. Además no hay por qué mezclar las cosas. L'École y los *Annales* tienen en cierta medida una vida independiente. Es claro que porque los *Annales* cubren sólo un aspecto de la investigación y por el contrario, l'École es mucho más amplia; no hay que olvidarse que l'École después del '56 empieza a abrirse a un montón de disciplinas...matemáticas sociales, lingüística, etc. No se puede transformar...es decir, hacer lo que intenta la última generación después de 1970, que no teniendo nada que decir, siendo pobres, con una mano delante y una mano detrás —puedes también escribir esto, no me importa nada— intenta mezclar las cosas para dorar su blasón, un blasón que no tiene, además...muchas miserias. Pero en el tiempo de *Braudel* era distinto. Claro que la revista mide la vida de l'École y l'École mide la vida de la revista, pero por el trámite de *Braudel*, que conocía muy bien hasta dónde esta conjunción podía existir. En manos de *Braudel* la revista sigue siendo una revista de historia, abierta a problemáticas más amplias, pero el núcleo es la historia; quiero decir, el grupo de economistas de l'École tiene su revista, no publica sus artículos en los *Annales*, los antropólogos fundaron la revista *L'Homme* y en seguida se crearon toda una serie de revistas en l'École que tenían excelentes relaciones con los *Annales*, pero no estaban mezcladas. Por supuesto que había diálogos e intercambios conceptuales y teóricos, pero para hablar de concepciones teóricas se necesitan textos. Ahora soy yo quien hace dos, tres preguntas. Mi primera pregunta es la siguiente: tú tienes la situación que indicaba antes, del estructuralismo, de la historia, *Lévi-Strauss*, *Braudel*...Bueno, de esta conversación, de este debate, llámalo como quie-

ras, sale *La larga duración*, que es un texto sobre el cual podemos discutir, pero puedes decirme tú, fuera de los manifiestos, los mensajes por porque esta gente envía mensajes—, ¿cuál es un texto equivalente salido de la pluma de quien quieras de los que vienen después? Después de los 70's tampoco hay un debate teórico, es la prueba. Es que no son capaces, tú puedes decirme... porque tú eres capaz... pero yo no pretendo nada, estoy tranquilo en mi rincón y hago mi deber de profesor más o menos bien, hago mi deber de historiador más o menos bien, no pretendo nada nuevo. Lo que a mí me admira son las novedades por parte de gente que no tiene nada fuera del poder y que anuncia novedades, no tiene ninguna capacidad real, la autoridad. Yo no entiendo, porque al final, si tú tomas un libro como el de Lucien Febvre *Pour une autre histoire* o *Les combats pour l'histoire* o bien su artículo sobre los orígenes de la Reforma francesa... ¡Por Dios!, éste tipo modifica todo el planteamiento de un problema. Bien, dame el equivalente en esta generación, fuera de los mensajes. Yo con los mensajes no sé qué hacer, si digo lo que hago con los mensajes me censuras. Y ésto es todo, no hay posibilidad de debate teórico porque no hay nada, no se puede discutir en el vacío. Cuando Burguière escribe un artículo para explicar cómo se hace etnohistoria, antropología e historia e indica que ciertas modalidades del matrimonio en el Vexin-Bassin Parisien ne sont pas sans rappeler les structures élémentaires de la parenté de Lévi-Strauss... Bueno... es que no ha leído nunca a Lévi-Strauss, porque si lo ha leído no lo entendió, no tiene nada que ver... nada. ¿Qué debate hace fuera de decirle: Usted es un ignorante; de escribirlo, como yo lo escribí? No sabe lo que dice, no puedes hacer nada, qué discutes. Además hoy en día a veces encuentras cosas absolutamente increíbles, te preguntas de verdad si estos tipos nunca leyeron por ejemplo a Braudel. Cuando se afirma que en La Méditerranée la historia política está reducida au coxis de la historia te preguntas si han leído La Méditerranée. ¿Cómo? Si de 500 páginas la tercera parte del libro es casi toda historia política. Además en la primera parte de la obra de Braudel ya está el gran invento actual, que es el político, porque no es la política, inventa el político.

¿Cómo fue tu relación con Febvre?... ¿Cercana?

Sí... bueno, muy cercana y no. Es decir, en relación a como era Lucien Febvre, sí, él me honró con su amistad; pero no hay que olvidar que Lucien Febvre era un hombre que tenía un sentido muy fuerte de la academia, de la presencia, de las relaciones personales, yo nunca vi a Lucien Febvre sin saco y sin corbata y creo que nadie lo vio así porque para él era inadmisibile. Pensar la relación entre él y Braudel es pensar una relación de padre a hijo... pero estos tipos no se tutearon nunca, nunca... Con respecto a mí, sí, es cierto, hubo una relación muy estrecha en el sentido de que si yo escribía un artículo en francés él me lo corregía; si iba a su casa por la tarde por algún trabajo me decía: Si usted quiere

quedarse a cenar, si no tiene compromisos por qué no se queda acá...pero siempre guardando la distancia, siempre...en el marco de un hombre nacido antes del fin del siglo XIX. Con Braudel las relaciones fueron más estrechas porque, bueno, porque era más joven. Fue la relación de Braudel con todos sus alumnos lo que yo aprendí de él. Es decir, de maestro. Nada que ver con estos grandes maestros de hoy en día que me hacen reír porque es gente que dirige tesis y que llega el día de la soutenance y nunca leyó una página...Braudel y Lucien Febvre una tesis, un artículo, lo leían, lo corregían, te lo devolvían, te lo hacían reescribir tres veces; lo defendían, pero ésto no era una prueba de amistad, era un acuerdo de trabajo. Con Lucien Febvre o Braudel no había ni una línea publicada en los Annales que ellos no hubieran leído 10 veces y corregido, como no había un libro que saliera en la colección de l'École que no hubieran visto y revisado. A otro nivel, pasar las vacaciones juntos, hacer un viaje al extranjero para ir a trabajar en los archivos, cosas por el estilo, pero ésto es otra cosa. A nivel de trabajo era muy distinto, puede ser porque tenían, o teníamos, pocos alumnos. Hace pocos días un norteamericano me dijo: ¡Ah!, pero tú tuviste suerte con los alumnos; bueno...casi no le contesté porque a un profesor norteamericano no vale la pena contestarle, salvo algunas raras excepciones hacen tan mal su deber de profesores que no vale la pena contestarles. Sólo le dije una cosa: Mira, sólo con los que terminaron su tesis, porque...a cuántos eliminé y tuve el coraje de decirles...no señor, usted no sirve para nada, si quiere mi consejo de amigo haga otra cosa. Lamentablemente no hicieron otras cosas ni cambiaron en historia. Es como la gente que va a confesar pecados espantosos y el confesor no le da la absolución, entonces cambia de confesor hasta el momento que encuentra al monje sordo o no sé qué, que le da la absolución. De todas maneras sí tuve suerte, pero al mismo tiempo de los pocos alumnos que tuve me ocupé de verdad, igual que Lucien Febvre y lo mismo Braudel. Este asunto de los alumnos...francamente es una cosa que me molesta, estas escuelas...estos discípulos...¡Por el amor de Dios! El buen alumno, el buen discípulo es el que mata al maestro dos veces. El buen maestro es el tipo que no enseña el camino que hay que seguir, es el que enseña el camino que no hay que seguir y después le dice: Bueno, váyase por su camino; también si este camino está en contra del maestro... por qué no...pero no me gusta lo que está saliendo, esto no es historia, son comadrerías...

Conclusión

Como vemos, la referencia a los dos quehaceres fundamentales en la vida de Ruggiero Romano—el de historiador y el de maestro— es permanente. Aunque en un momento intenté su tratamiento por separado, fue imposible: las frases quedaban truncas, el diálogo perdía sentido, me arriesgaba a tergiversar sus palabras y su sentir. Los recuerdos, las argumentaciones, el orgullo, el enojo, el humor

áspero y el jovial, la recurrencia a la autoridad, todo confluye en ambas direcciones. Decía al comienzo de este artículo que valiéndonos de la historia oral también podemos hacer historiografía. Pienso que la historia oral es un instrumento fundamental porque los historiadores que escriben y expresan la historia, a través de la palabra hablada o escrita, son hombres y mujeres de carne y hueso. Por ello durante una entrevista, a través de la cultura, la formación, la erudición y el oficio tanto del entrevistado como del entrevistador, fluye la subjetividad.